

LIX

Sobre los diez á quien en suerte cupo,
 Los mejores del campo y más famosos
 Llevarse la falaz Armida supo,
 De la noche á la sombra, silenciosos.
 Callan y forman vergonzoso grupo
 Los que son ménos fuertes y animosos;
 No hay quien con tal peligro el honor pida:
 Que es la vergüenza del temor vencida.

LX

El silencio, el aspecto, todo es signo
 Al capitán, que el riesgo les espanta,
 Y lleno de rubor y enojo digno
 De su valor, de pronto se levanta:
 "Fuera yo—dice—de la vida indigno
 "No la exponiendo en esta empresa santa,
 "Y dejando á un pagano que vilmente
 "Huelle el honor de la cristiana gente;

LXI

"Siéntese en paz mi campo, y de segura
 "Parte ocioso mi riesgo mire atento.
 "Sús, sús, las armas dadme." Y la armadura
 Allí le fué llevada en el momento.
 El buen Raymundo, que en la edad madura
 Tiene también maduro entendimiento,
 Mas verde aún el valor como el más fuerte,
 Adelántase y habla de esta suerte:

LXII

"¡Ah! no permita Dios sea el campo entero
 "En sólo una cabeza aventurado:
 "Caudillo eres, que no simple guerrero:
 "Público el luto fuera, no privado.
 "En tí la fe se apoya. Por tu acero
 "El reino de Babel será postrado.
 "Cetro, mando y consejo tú maneja;
 "Que el valor y armas otros usen deja.

LXIII

"Aunque encorvado por la edad me vea,
 "No será, no, que yo el lidiar rehuse,
 "Esquiven otros la marcial tarea;
 "No quiero yo que la vejez me excuse.
 "¡Cuánto el vigor mi corazón desea
 "Que teneis los que es fuerza que ya acuse,
 "De que ni ira ni vergüenza os mueve
 "Contra aquel que á insultaros hoy se atreve!

LXIV

"¡Oh! fuera yo el que fuí cuando delante
 "De la Alemania toda y del segundo
 "Conrado, y su gran corte deslumbrante,
 "Maté á Leopoldo el fuerte é iracundo:
 "Hazaña fué salir de ése triunfante,
 "Mayor, más digna que la alabe el mundo,
 "Que el que uno solo inerme, en la batalla
 "Deshiciera esa innoble, vil canalla.

LXV

"Si aun tuviera yo aquella fortaleza,
 "Ya humillado estaria el insolente;
 "Mas cual estoy me sobra aún entereza,
 "Ni por viejo, temor mi pecho siente.
 "Aunque en la liza quede mi cabeza,
 "No triunfará el pagano impunemente.
 "A armarme voy, y que este día illustre
 "Con nuevo honor mi ya adquirido lustre."

LXVI

Habló así el grande anciano, y aguijones
 Son sus palabras que el valor despiertan,
 Y á los ántes cobardes corazones
 Hacen que fieros y amenazas viertan:
 No faltan ya, mas sobran, campeones
 Que á pedir el combate se conviertan.
 Clama por él Balduino, instan Rugiero,
 Güelfo, Estéban, los Guidos y Gerniero,

LXVII

Y Pirro, el que inventó el ardid famoso
 Con que ganó á Antioquía Bohemundo;
 Ruegan también salir al duelo honroso
 Ridolfo y Everardo y Rosamundo,
 De las britanas islas terno hermoso,
 Tierras que parte el mar de nuestro mundo.
 Ni ansian ménos combatir á Argante
 Gildipe y Odoardo, el par amante.

LXVIII

Mas sobre todos el valiente viejo
 A otro ceder, creyera desatino;
 Ya se armó, y sólo falta á su aparejo
 De pelea, el luciente yelmo fino,
 Al cual dice Gofredo: "¡oh! claro espejo
 " Del antiguo valor, haga el destino
 " Que otros de tí lo aprendan, que de Marte
 " El honor muestras, disciplina y arte.

LXIX

" ¡Ah! si entre esos mancebos yo tuviera
 " Diez de valor al tuyo semejante,
 " ¡Cómo á Babel ganara, y condujera
 " De Batro á Tile nuestra Cruz triunfante!
 " Mas cede ora te ruego, y obra espera
 " Más propia de tu edad, más importante:
 " Deja que de los otros en un vaso
 " Los nombres puestos, juez sea el acaso.

LXX

" O más bien juzgue Dios, que es quien dispone
 " Lo que llamamos suerte, acaso ú hado;"
 Mas no cede Raymundo, ántes propone
 Que su nombre también sea sorteado.
 Los de todos Gofredo escribe y pone
 En su yelmo, y habiéndolo agitado,
 Leyó el papel primero que saliera:
 Del conde de Tolosa el nombre era.

LXXI

Acogido con gritos de alegría,
 Nadie la suerte á reprobar se atreve;
 Su frente juvenil vigor lucía,
 Y sus fuerzas parece que remueve,
 Cual sierpe con piel nueva brillaría
 De oro, que pule al sol su lengua leve.
 Más que todos le aplaude y le da gloria
 El caudillo, y le anuncia la victoria,

LXXII

Y su espada, del cinto desceñida,
 Entregándola á él así le hablaba:
 " Esta la espada es que en lid reñida
 " De Sajonia el rebelde franco usaba:
 " Se la quité por fuerza con la vida
 " Que entónces con mil crímenes manchaba;
 " Siempre en mi mano ha sido vencedora:
 " Tómala y sea así contigo ahora."

LXXIII

De la tardanza en tanto, Argante fiero
 Ya impacientado, los denuesta, y clama:
 " ¡Oh! gente invicta, oh gran pueblo guerrero
 " De Europa, un hombre solo á lid os llama;
 " Salga ahora Tancredo: aquí le espero
 " Si osa tanto el valor que le da fama;
 " ¿O de plumas en lecho acaso piensa
 " En la noche otra vez hallar defensa?

LXXIV

" Salga otro, salgan mil, si él miedo tiene,
 " Quier caballeros sean, quier peones,
 " Ya que ninguno solo á lidiar viene
 " De entre millares de ínclitos varones.
 " ¿No veis allí el sepulcro que contiene
 " A Cristo? ¿Y no avanzais vuestros pendones?
 " ¡Qué! ¿El voto no cumplís? Hé ahí el camino;
 " ¿O las armas guardais á otro destino?"

LXXV

Con tal sarcasmo, atroz el sarraceno
 Cual con látigo duro los azota;
 Más que otros hierva de Raymundo el seno,
 Que aquel insulto su paciencia agota.
 Es muy mejor estimulado el bueno
 Y el valor crece que la ira frota.
 En Aquilino monta apresurado,
 Su bridon, por ligero así nombrado.

LXXVI

En el Tajo el corcel nacido era,
 Donde acaso la madre corredora,
 En la estacion de tibia primavera,
 Cuando toda criatura se enamora,
 Como su boca el soplo recogiera,
 En él bebió semilla productora;
 Y ¡oh maravilla! del templado aliento
 El hijo concibió del raudo viento.

LXXVII

Bien pudiera creérsele nacido
 De la aura del cielo más ligera,
 O tan veloz que no deje esculpido
 En la arena vestigio su carrerá,
 O al verle girar presto y recogido
 A aquella parte que el ginete quiera.
 Sobre éste sale el conde á la estacada
 Y dice, vuelta al cielo la mirada:

LXXVIII

“ Señor, tú cuya mano dirigia
 “ De un niño en Terebinto el alma fuerte
 “ Que á Goliad, que á Israel escarnecia,
 “ Con una piedrezuela dió la muerte,
 “ Haz que á este follon la mano mia
 “ Dé, para ejemplo igual, la misma suerte;
 “ Y un viejo humille á ese soberbio Argante
 “ Como el niño humilló al feroz gigante.”

LXXIX

Así oró el conde: su plegaria ardiente,
 Que en Dios mueve esperanza firme y santa,
 A la celeste esfera velozmente
 Va, como el fuego al cielo se levanta.
 La acogió el Padre Eterno, que clemente
 De su ejército un ángel adelanta,
 Que al Conde acorra, y victorioso y sano.
 De las armas le saque del pagano:

LXXX

El ángel mismo á cuyo santo celo
 A Raymundo confió la Providencia
 Desde el dia en que tierno pequeñuelo
 Comenzó en este mundo su existencia,
 Ahora que de nuevo el rey del cielo
 De su vida le encarga la asistencia,
 A la alta roca asciende en que está puesto
 De las divinas armas el repuesto.

LXXXI

La asta se guarda allí que á la serpiente
 Mató, y los vivos rayos celestiales,
 Y aquellos que invisibles á la gente,
 Causán la horrible peste y otros males;
 Y suspenso está en alto el gran tridente
 Que estremece á los míseros mortales,
 Si herido de la tierra el fundamento,
 Tiembla de las ciudades el cimiento.

LXXXII

Centellando entre muchas armas, pende
 Brillantísimo escudo de diamante,
 Que bastara á cubrir cuanto se extiende
 La tierra desde el Cáucaso al Atlante;
 Este el que ampara es y el que defiende
 Al rey ó al pueblo de justicia amante.
 Le toma el ángel, y con él armado,
 Vuela invisible de Raymundo al lado.

LXXXIII

Vése ya la muralla coronada
De vária turba. El bárbaro tirano
Manda á Clorinda y mucha gente armada
Que esté en la loma sin bajar al llano.
A la otra parte muéstrase formada
Escuadra del ejército cristiano,
Y en medio de unos y otros escuadrones
Un gran espacio libre á los campeones.

LXXXIV

Busca Argante á Tancredo sin hallarle,
Y ve un desconocido solamente;
Grita el conde: "Al que extrañas, de buscarle
" Deja; por dicha tuya se halla ausente;
" Mas no te engrias: vengo á reemplazarle
" Yo, y á seguir por él la lid pendiente:
" En su lugar venir no me es vedado,
" O por mí, pues á todos has retado."

LXXXV

El soberbio sonríe y le responde:
" ¿Pues Tancredo qué hace ó dónde se halla?
" ¿Tras cielo y tierra amenazar, se esconde?
" ¿Más fia en el huir que en la batalla?
" Si escapárseme quiere, no habrá en dónde;
" Que en tierra ó mar alcanzaré al canalla."
" ¡Mientes!—replica el Conde—que no puede
" Huir de tí quien en valor te excede."

LXXXVI

Airado el moro dice: "Soy contento
" De aceptarte en vez dél, al puesto vete,
" Veré si de cumplir tienes aliento
" Lo que tu temeraria voz promete."
Luego á encontrarse parten, y el violento
Golpe dirigen ambos al almete,
Raymundo acierta al moro en la cimera;
Mas sin que de la silla le moviera.

LXXXVII

Del otro lado, en la carrera Argante
Dió en vago el bote (lo que no solia);
Que el defensor celeste, vigilante,
El golpe que al cristiano iba, desvia.
Muerde el infiel sus labios blasfemante;
Rompe la lanza con que errado habia,
Saca al punto la espada, y furibundo
Con ella en alto va para Raymundo.

LXXXVIII

Al través el caballo sobre él echa
Cual morueco que embiste ciegame,te,
Huye el choque Raymundo, á la derecha
Quebrando, y pasa y hiérole en la frente.
El de Egipto de nuevo al lado estrecha;
Saca el Conde el caballo nuevamente,
Hiriéndole en el yelmo de camino,
En vano, que es su temple diamantino.

LXXXIX

Mas el feroz pagano, que empeñado
Está en luchar de cerca, se le cierra:
Temiendo el otro el peso demasiado,
Que con él y el caballo diera en tierra,
Aquí cede, allí ataca, y desalado
Con destreza girando le da guerra;
El buen bridon, que es dócil á la rienda,
A todas manos, sin fallar arrienda.

XC

Cual capitan que excelsa torre bata
Que un lago ú alto monte señorea,
Por todos lados de embestirla trata
Y entrada busca, el Conde así voltea.
Como nada en las armas desbarata
Que arman el pecho y frente gigantea,
Busca si hay parte falsa en la armadura,
Por donde al hierro paso dar procura.

XCI

Ya en dos partes ó tres, roto y teñido
De sangre el enemigo arnés estaba;
Al suyo, intacto aún, terso y pulido
Ni el penacho, ni un clavo le faltaba.
Rabiando en vano Argante, enfurecido,
Sin provecho ira y fuerzas agotaba;
Mas no se cansa, que ántes redoblando
Tajos y puntas, se refuerza errando.

XCII

Al fin, tras de mil golpes, con gran tino
Asesta al Conde un tajo tan derecho,
Que acaso el velocísimo Aquilino
No le sacara, y fuera allí maltrecho;
Mas el auxilio no faltó divino,
Que oculto el ángel, en el lance estrecho
El brazo extiende, y cae el hierro crudo
Sobre el diamante del celeste escudo.

XCIII

La espada se rompió (que no podía
Resistir el mortal temple terreno
La arma celeste que templado habia
Artífice inmortal). El sarraceno
Que piezas menudísimas veía
En el suelo caer, de asombro lleno,
Admira, desarmada al ver su mano,
Las fortísimas armas del cristiano.

XCIV

De que la espada se rompiera hiriendo
Del Conde en el broquel, ni un punto duda:
Lo mismo el buen Raymundo está creyendo,
Que no conoce la celeste ayuda;
Mas del pagano desarmada viendo
Quedar la diestra, asáltale una duda:
Cree la palma vil, innoble y baja
Que al contrario se gana con ventaja.

XCV

Toma—quiso decirle—nueva espada;
Mas ocúrrele nuevo pensamiento:
La honra de todos, á él encomendada,
Menguada dejará su vencimiento:
Así, victoria indigna no le agrada,
Ni el campo dejar debe, á la hora atento.
Mientras dudando está, le arroja Argante
El pomo y guarnicion contra el semblante;

XCVI

Con la espuela al caballo á un tiempo apura,
Que á la lucha tornar quiere el pagano;
Al yelmo la arrojada empuñadura
Llega y golpea el rostro al tolosano;
El cual, sin conmoveerse, se apresura
A desviar la poderosa mano
Que cual ferina garra asirle quiere,
Y que él al tiempo de apartarla hiere.

XCVII

Girando el Conde á una y otra parte,
Acércasele ya, ya se retira,
Y cada vez que llegue ó que se aparte,
No sin herirle, nuevos golpes tira.
Toda su fuerza apura y todo su arte
Y al odio antiguo junta nueva ira:
Todo contra el infiel ora se aduna,
De otro el valor, el cielo y la fortuna.

XCVIII

Mas de armas finas, de sí mismo armado,
A los golpes resiste imperturbable;
Parece sin gobierno en mar airado
Desarbolada nave miserable,
Mas cuyo fuerte casco está formado
De roble y hierro en trabazon durable,
Que no cede á la onda procelosa
Y aun confiada lucha y animosa.

XCIX

Tan grande tu peligro, Argante, era,
 Cuando ayudarte Belcebú dispuso.
 De vaporosa nube, una ligera
 Humana forma femenil compuso,
 Que á la altiva Clorinda pareciera,
 Y aun las armas riquísimas le puso:
 Dióle la voz igual, sin pensamiento,
 El mismo porte y rostro y movimiento.

C

Porque engañe mejor la imágen vana
 Léjos de donde estaba la que imita,
 A las murallas por llegar se afana
 Donde vario temor al vulgo agita.
 Llega y busca en una alta barbacana .
 De una torre, al vigía que allí habita,
 Y de ella en el lugar más elevado
 Por ojear mejor, le halló sentado.

CI

A Oradin (que es su nombre) insigne arquero,
 Dice el fantasma con la voz fingida:
 "¡Oh famoso Oradin, siempre certero
 " En tus tiros que dan segura herida!
 " Grave daño será si el buen guerrero,
 " De Judea campeón, pierde hoy la vida,
 " Y el enemigo suyo sus despojos
 " Vencedor lleva á nuestros propios ojos.

CII

" Tu arte demuestra, y una flecha aguda
 " En sangre tiñe del francés odiado;
 " Que á más del grande honor que te recuda,
 " Premiará el Rey el hecho señalado."
 Así habló, ni el arquero un punto duda
 Luego que el galardón oyó anunciado:
 Una saeta escoge de su aljaba,
 La adapta al arco, y luego lo templaba;

CIII

Silba el tirante nervio y va violenta
 Cortando el aire, la emplumada jara:
 Toca en el cinto que el arnés sustenta
 Con trabadas hebillas que separa:
 La cota pasa, apénas se ensangrienta
 Como la piel muy poco penetrara;
 Que el celeste auxiliar no le permite
 Llegar, sin que la fuerza al golpe quite.

CIV

La flecha al desprender de la coraza,
 Mira el Conde la punta ensangrentada,
 Y en voces de baldón y de amenaza
 La fe reprocha á Argante quebrantada.
 El Capitan, que no perdía la traza
 De Raymundo, y que vió la acción malvada,
 De la traición se indigna, y estimando
 Grave la herida, ansioso suspirando,

CV

Con gesto y voz al escuadrón valiente
 Allí formado, excita á la venganza;
 Bajar ve las viseras de repente,
 Templar las bridas, enristrar la lanza,
 Y cómo en solo un punto, aquella gente
 De esta y de aquella parte se abalanza;
 El campo desaparece, el polvo fino
 Al cielo sube en denso remolino.

CVI

Chocan armas y escudos, resonante
 Rumor horrendo por los aires gira;
 Aquí un caballo cae, allí otro errante,
 Sin ginete correr veloz se mira:
 Acá un guerrero muere, allá espirante
 Otro solloza y gime, otro suspira:
 Fiera es la lucha, y miéntras más se traba,
 Más estrecha, más áspera y más brava.

CVII

Al medio salta Argante ágil y suelto,
Y la maza de hierro á uno arrebata;
Rompe por el monton denso y revuelto
Y cuanto halla á su paso desbarata;
Sólo busca á Raymundo, á él sólo vuelto
El hierro y la impetuosa ira insensata,
Cual lobo hambriento que en feroz combate
Con sus entrañas de saciarse trate.

CVIII

Mas duro estorbo en medio del sendero
Encuentra que sus pasos haga tardos.
Sálenle al frente Ormano, con Rugiero
De Balnavil, un Guido y dos Gerardos;
No le hacen detenerse, ántes más fiero
Cuanto aquellos le atacan más gallardos,
Como fuego encerrado y comprimido,
Soltado, más devora enfurecido,

CIX

Mata á Ormano, hiere á Guido, y echa á tierra
A Rugiero, golpeado malamente;
Crecen contra él las turbas, y le encierra
De hombres y armas un cerco estrechamente.
Miéntras por su valor, igual la guerra
Se mantiene entre una y otra gente,
El buen jefe Bullon que aquello observa,
Dice á su hermano: "Toma la reserva,

CX

" Y donde la batalla es más reñida,
" A atacar ve por el siniestro lado."
Muévase aquel, y tal fué la embestida
Que al enemigo dió por el costado,
Que la asiática gente no aguerrida,
No resiste el ataque denodado.
Rompen filas, sus propios escuadrones
Derriban hombres, señas y pendones.

CXI

Con el ímpetu mismo en fuga envuelta
Es la ala diestra; nadie allí combate
Sino Argante; que huyendo á rienda suelta,
El miedo los aguija y los abate,
Solo afirma él el pié con faz resuelta.
Quien con cien manos cien espadas trate
De usar y cien escudos, peleando,
Más no haria que el egipcio allí luchando:

CXII

Resiste espada y lanza, estoque y hasta
Los caballos en su ímpetu detiene;
Todo rechaza, contra todos basta,
Y ya sobre uno y sobre otro viene,
Aunque molido el cuerpo y hecho plasta
Con sangre y con sudor el arnés tiene;
Mas tan denso le carga el enemigo,
Que al fin envuelto, arrástrale consigo.

CXIII

Da la espalda á la fuerza y los furoros
De aquel diluvio que le arrastra y tira;
Mas al mirar sus golpes destructores,
No parece que huyendo se retira.
Aun inspiran sus ojos mil terrores,
Y aun amenaza con la usada ira;
Intenta detener su férrea mano
La fugitiva turba; mas en vano.

CXIV

Ni aun logra el esforzado sarraceno
La fuga hacer más lenta y ordenada,
Que no conoce el miedo arte ni freno,
Ni el ruego ó mando le aprovechan nada.
El pío Bullon, que ve que favor pleno
A darle la Fortuna está inclinada,
Por seguir la victoria hace un esfuerzo,
Y manda al vencedor nuevo refuerzo.

CXV

Y á no ser que aun el dia no ha llegado
Que el decreto de Dios fijado habia,
Quizá en ese el ejército cruzado
De su santa fatiga el fin veia;
Mas el genio infernal que ve espantado
Derrocada caer su tiranía,
Siéndole permitido, en el momento
Las nubes amontona y suelta el viento.

CXVI

De los mortales ojos denso velo
Roba el dia y el sol; confusamente
Cual negro horrendo infierno, se ve el cielo
Que rasgan la centella y rayo ardiente.
Retumba el trueno, lluvia envuelta en hielo
El campo y pasto arrasa hecha torrente.
Vuelan ramas; parecen arrancados,
No encinas solas, rocas y collados.

CXVII

La agua á un tiempo, relámpagos y viento
Que á los cristianos en el rostro daban,
Y el imprevisto ímpetu violento,
De terror cual de hechizo los llenaban;
Sólo á unos pocos dan acogimiento
Las banderas; que á verlas no alcanzaban.
Cercana allí, pica el bridon Clorinda
A quien propicia la ocasion se brinda.

CXVIII

Grita á los suyos: "Ved cómo pelea
" Por nuestra causa el cielo, compañeros,
" Nuestros rostros su ira no golpea,
" Ni nos impide dar golpes certeros;
" Que su cólera justa sólo emplea
" En nuestros enemigos altaneros,
" Los asusta y dispersa y desalumbra.
" ¡A ellos! pues que el hado nos alumbrá."

CXIX

Así á la gente empuja y va, siguiendo
Del infierno el impulso que la atiza;
Da á los franceses un asalto horrendo,
A quienes la tormenta inutiliza.
En ese punto Argante revolviendo,
Hace en los que triunfaban cruda riza;
La espalda vuelven ellos, y en carrera
Huyendo van de la tormenta fiera.

CXX

Hieren la espalda de los que huyen vuelta
Ira inmortal, mortales los aceros:
Corre la sangre, y en el agua envuelta
De la lluvia, enrojece los senderos;
De muertos y de heridos en revuelta
Multitud, dan la vida dos guerreros,
Pirro al hierro del bravo circasiano,
Ridolfo, de Clorinda por la mano.

CXXI

Huyen así los francos; el alcance
Siguen con Satanás los sarracenos;
Las armas, solo, y cuanto el cielo lance
De granizo y de lluvias y de truenos,
Gofredo afronta en el terrible trance,
Y á los suyos reprende ántes tan buenos:
Llega al real, allí el caballo pára,
Y dentro en él la gente se repara.

CXXII

Dos veces el bridon revuelve, y llega
Frente al feroz Argante, y le detiene,
Y otras tantas renueva la refriega
Donde la turba hostil más cerca viene;
Mas al fin con los otros se replega
Y ceder la victoria le conviene;
Torna el moro, los francos ya cansados,
Las trincheras no dejan espantados.

CXXIII

Aun allí en vano de evitar se trata
 La furia atroz del huracan violento;
 Aquí ó allá se apaga una fogata;
 Donde quiera entra el agua y sopla el viento;
 Rompe telas y postes, desbarata
 Las tiendas y las lleva de su asiento:
 Lluvia y gritos y viento y truenos crecen
 Y en concierto diabólico ensordecen.

FIN DEL CANTO SÉPTIMO.

CANTO OCTAVO.

Desastre de los cruzados daneses y muerte heroica
 de Esveno su príncipe y cabeza.
 Discordia en el campo de los cristianos, nacida de la falsa noticia de la muerte
 de Reynaldo, y sosegada con la presencia de Godofredo.

I

Pasaron ya los truenos y tormenta,
 Ya no soplan los vientos desatados,
 Y del cielo saliendo Aurora, ostenta
 Con la frente de rosas, piés dorados.
 Mas los que levantaron la violenta
 Tempestad, no descansan sosegados;
 Antes uno (Astagorre su nombre era)
 Dice á Alecto, su digna compañera:

II

“ Mira, Alecto, venir (y no es posible
 “ Impedirlo al infierno) un caballero
 “ Que salió vivo del poder terrible
 “ Del que domina nuestro reino entero.
 “ A los francos narrando el caso horrible
 “ De su señor, intrépido guerrero,
 “ Cosas les hará ver que acaso hicieran
 “ Que á Reynaldo llamar al punto quieran.